

La victoria de la resurrección

*“Si no hay resurrección de muertos, Cristo tampoco resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación y vana es también vuestra fe.”
— 1 Corintios 15:13,14 —*

A LO LARGO y ancho del mundo hay confusión, problemas, y finalmente, muerte. Fieles a las profecías bíblicas sobre el tiempo presente, entre las naciones prevalecen el caos y la angustia. Estamos, de hecho, en medio de un “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente.” (Dan. 12:1) Sólo aquellos que tienen plena confianza en las promesas de Dios pueden disfrutar de paz de mente y de corazón en medio de esta confusión y contradicción en la experiencia humana.

La esperanza de un futuro mejor para la humanidad estaba segura hace casi dos mil años cuando Jesús fue resucitado de entre los muertos por el poder de su Padre Celestial. Nuestra fe penetra las nubes oscuras que cuelgan de manera tan ominosa sobre la humanidad y más allá podemos ver las bendiciones que dan vida del mañana de Dios. Sabemos que los muertos serán resucitados en ese glorioso día; y lo sabemos porque Dios lo ha prometido y ha demostrado su capacidad para cumplir sus promesas mediante la resurrección de Jesús

Cristo. En verdad, podemos decir con Pablo: “Ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron.” —1 Cor. 15:20

Había una gran esperanza entre los discípulos de Jesús mientras estaba con ellos en la carne enseñando y haciendo milagros. Creían que, por fin, las promesas de Dios respecto al Mesías estaban a punto de cumplirse. Eran judíos y Jesús era su Mesías, de quien se habían prometido grandes cosas. Todos los días demostraba que la autoridad y el poder divinos operaban a través de él para el logro final de todos los buenos propósitos de Dios con respecto a los hijos de los hombres. El que sanó a los enfermos, limpió a los leprosos, expulsó demonios y levantó a los muertos seguramente podría librar a su nación del yugo romano y establecer el reino largamente prometido de Dios en la tierra.

ESPERANZAS TRUNCADAS

Sin embargo, repentina e inesperadamente se tomó al Mesías de sus discípulos y fue crucificado. ¡Cómo debieron sus esperanzas afectuosas y sueños inspiradores derrumbarse hasta el suelo! Su Maestro, Señor y Mesías estaba muerto. Qué emociones mezcladas de desconcierto, decepción y dolor deben haber acosado los corazones de los ardientes discípulos durante los días de oscuridad entre el momento en que el “Príncipe de la vida” pendía muerto de la cruz y la mañana en que el ángel de guardia en su tumba anunció: “No está aquí, pues ha resucitado.” —Hechos 3:15; Mat. 28:6

Rápidamente esa noticia que alegró el corazón se propagó de uno a otro discípulo. Hubo una gran dicha

y un renacer de la esperanza por parte de la mayoría de ellos. Sin embargo, Tomás no estaba con los otros discípulos cuando se les apareció Jesús y, por tanto, no creía en sus informes. Finalmente, sin embargo, también se convenció de que el poder de Dios había intervenido para restaurarles a su Maestro. (Juan 20:24-29) Más tarde, el apóstol Pablo enumera las evidencias por las cuales se estableció el hecho de la resurrección de Jesús: “Apareció a Cefas [Pedro], y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo, después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.” —1 Cor. 15:5-8

Como indica Pablo aún vivían muchos en su época que habían conocido personalmente a Jesús en la carne y que lo habían visto después de haber sido resucitado de entre los muertos. El testimonio de estos fieles testigos fue suficiente para convencer a los nuevos creyentes del gran milagro que Dios había hecho al resucitar al Maestro de entre los muertos. Aparentemente, sin embargo, había algunos en la iglesia primitiva que dudaban de que alguien pudiera ser resucitado, y quienes Pablo pregunta: “¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?” —1 Cor. 15:12

La secta judía de los saduceos no creía en la resurrección. (Mat. 22:23) Posiblemente alguien de este grupo había llegado entre los primeros cristianos, aceptando parcialmente a Jesús como el Mesías pero sin estar dispuesto a creer todo lo que él había enseñado ni todo lo que los profetas habían predicho de él. Al

combatir esto, Pablo explica que teniendo el punto de vista de que no hay resurrección se destruye todo el fundamento sobre la que se basan la fe y la esperanza cristianas; pues de ser cierta significaría que incluso el propio Cristo, su líder y Mesías, todavía estaba muerto, no vivo. A su turno, esto indicaría que todos los que habían dado testimonio de su resurrección serían falsos testigos. —1 Cor. 15:13-16

Si Cristo no ha resucitado Pablo nos recuerda que entonces estamos sirviendo a una causa perdida y nuestro sufrimiento como sus seguidores no tiene sentido. Los miembros de la iglesia primitiva arriesgaron sus vidas para ser cristianos, pero ¿“por qué nosotros nos ponemos en peligro cada hora” si Jesús todavía está muerto y no hay ninguna esperanza de resurrección para nadie? ¿Por qué somos “bautizados por los muertos” del mundo de la humanidad si aquellos para quienes estamos dando nuestras vidas en su beneficio futuro permanecerán muertos para siempre? —vv.17-19 y 29-32

Pablo insiste en que si no hay resurrección de muertos entonces aquellos que “durmieron en Cristo han perecido.” (v. 18) Esto significaría que el propósito de Dios al dar a su Hijo para redimir al hombre ha fracasado por completo. Las palabras tan repetidas a menudo de Jesús no tendrían ningún significado: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Juan 3:16) ¡Con cuánta claridad discernió Pablo y cuán inequívocamente todos los cristianos deberían reconocer que la esperanza de la iglesia y del mundo depende del ejercicio del poder

divino para resucitar a los muertos! Nuestra seguridad de la capacidad de Dios de hacer esto es en el hecho de que el mismo Jesús se levantó de los muertos.

EL REINO NO COMIENZA INMEDIATAMENTE

Cuando Jesús fue apresado y crucificado sus discípulos quedaron desconcertados y desanimados porque no entendían el programa divino que estaba desarrollándose a través de él. Creían que Jesús establecería un reino mundial y que compartirían con él la gloria de ese reino. Entonces no comprendieron que primero debía sufrir y morir como Redentor del hombre. Esto lo aprendieron más tarde y luego se regocijaron en la cruz de Cristo y en lo que su sangre derramada significó para ellos y lo que más tarde significaría para toda la humanidad.

Poco después de que los apóstoles durmieran en la muerte la iglesia desarrolló gradualmente la idea de que el Reino Mesiánico debía establecerse aquí y ahora, sin esperar el regreso de Jesucristo como Rey nombrado de la tierra. Esta teoría errónea no tuvo en cuenta una fase muy importante del plan de Dios, a saber, el llamamiento, el sufrimiento y la muerte de los miembros de la clase ungida del cuerpo de Cristo. Esta obra debía completarse antes de que pudiera comenzar el glorioso reino del Mesías.

La mayoría de la iglesia cristiana profesa tropezó con la misma verdad con respecto a los seguidores de Jesús como hicieron los primeros discípulos con respecto al Maestro mismo. Los dos discípulos en el camino de Emaús no entendían por qué era necesario que sufriera y muriera. Jesús les explicó

que esto era necesario en primer lugar y luego el Mesías entraría en su gloria. (Lucas 24:13-32) Con los ojos ahora abiertos tomaron este pensamiento y se regocijaron en sus implicaciones. Más tarde aprendieron la verdad adicional de que los sufrimientos de Cristo no se completaron en el Calvario, sino que también incluyen los de los miembros de su “cuerpo”. (1 Cor. 12:12,27) De ahí que la gloria del Reino del Mesías aún deba esperar. Esta verdad vital, sin embargo, finalmente se perdió de vista, y dio lugar a los esfuerzos de los líderes de la iglesia para establecer el reino antes de tiempo.

ESFUERZOS SIN ÉXITO

Los esfuerzos del reino establecidos por el hombre caído no han traído las bendiciones prometidas de paz universal y duradera a las naciones de la tierra. Ahora el alcance de todos estos esfuerzos infructuosos es claramente evidente. Durante siglos Dios guardó silencio y se abstuvo de interferir en el curso egoísta del hombre. (Isa. 42:14; Sal. 50:21) Incluso ahora, su poder todopoderoso no se ha manifestado a las masas de la humanidad. Por lo tanto, con la angustia, los problemas y la perplejidad actuales tan claramente visibles en los asuntos de las naciones, y entre la sociedad en general, la perspectiva es negra para quienes no conocen el verdadero plan de Dios. Sin embargo, el mundo cristiano en 2019, como lo ha hecho durante casi dos milenios, conmemorará la resurrección de Jesús de entre los muertos. Todos los que participen reconocerán implícitamente su creencia en este milagro, el más grande de todos los tiempos.

No hubo evidencias en el mundo de la protección de Dios para Jesús durante los días de su sufrimiento y crucifixión. No ha habido ninguna evidencia asimismo en el mundo de refugio divino para los verdaderos seguidores de Jesús desde entonces. En el caso de Jesús, el poder de Dios se manifestó, no en prevenir su muerte, sino en resucitarlo de ella. El poder de Dios en el caso de los fieles seguidores de Jesús también se manifestará en su resurrección de entre los muertos y en su exaltación para reinar con Cristo. Con toda seguridad el Padre celestial proporcionó fuerza de espíritu que le permitió a Jesús soportar la contradicción de los pecadores. Esto es verdad también de sus seguidores. Sin embargo, este es un favor de Dios del cual el mundo no es consciente y que está más allá de la comprensión de aquellos que no están totalmente dedicados a la causa divina.

PRIMICIAS DE LOS DORMIDOS EN LA MUERTE

La resurrección de Jesús no fue más que el comienzo de un programa de milagros que, cuando esté completo, habrá traído paz, salud, felicidad y vida eterna a toda la humanidad. Las bendiciones de este reino también alcanzarán a aquellos que ahora están muertos, porque cuando Jesús fue resucitado de los muertos se convirtió en “primicias de los que durmieron.” (1 Cor. 15:20) Esta es la certeza de la alegría de corazón que la conmemoración de la resurrección de Jesús debe dar a todos los cristianos este año a pesar de los dolores del mundo moribundo que le rodean.

Jesús murió como Redentor de Adán y su raza. Pablo explica que todos mueren “en Adán” y que todos

serán vivificados “en Cristo”, es decir, al estar en armonía con él. (1 Cor. 15:22) Los débiles en la fe pueden pensar en esto como una teoría razonable, pero que no ha funcionado en la realidad y que si Dios pudo usar su poder para levantar a Jesús de entre los muertos hace casi dos mil años, ¿por qué no ha habido ninguna demostración visible de este poder, ya en nombre de aquellos por quienes Cristo murió, especialmente por aquellos que han seguido fielmente sus pasos?

La respuesta a esta pregunta es que Dios tiene un tiempo debido para la ejecución de cada característica de su plan de salvación. Después de asegurarnos de que la oportunidad para la raza Adánica de volver a tener vida se nos brinda a través de Cristo, el apóstol Pablo agrega: “Pero cada uno en su propio orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida.” (v. 23) Cuando Pablo explica que Cristo en su resurrección se convirtió en” las primicias de los que durmieron” evidentemente se refiere a Jesús solo; sin embargo, al describir el orden de la resurrección y usar la misma expresión, su referencia claramente no es solo a Jesús, sino también a sus fieles seguidores que, en el plan divino, aparecen en la “primera resurrección” para vivir y reinar con Cristo. —Apoc. 20:4,6

UNA OFRENDA A DIOS

La terminología de “primicias” se basa en los tratos de Dios con Israel durante los tiempos del Antiguo Testamento. Era un requisito de la Ley Mosaica que las primicias de la cosecha se ofrecieran al Señor. En este arreglo no sólo estaban las primicias en general, sino también lo que se denominaba “las primicias de los

primeros frutos”. (Éxo. 23:19) En armonía con esto podemos pensar que Jesús es la “primera” de las primicias y todos sus fieles seguidores como primicias restantes en la gran cosecha de “primera resurrección” de Dios.

Jesús se ofreció a sí mismo en sacrificio a su Padre Celestial, y estamos invitados a seguir sus pasos de sacrificio ofreciéndonos a Dios. Es un pensamiento importante a tener en cuenta al conmemorar la resurrección de Jesús de entre los muertos. Recordemos que si deseamos participar en la “primera resurrección” para vivir y reinar con Cristo, debemos sacrificar nuestras vidas terrenales y ser fieles hasta la muerte. — Rom. 8:16-17; 12:1; 2 Tim. 2:10-12; Apoc. 2:10

La ofrenda a Dios de la clase de las primicias ha continuado a lo largo de los siglos desde el primer advenimiento de Jesús hasta ahora y hasta que esta obra de sacrificio se complete, y todas las primicias levantadas de los muertos y unidas a Cristo Jesús en la regencia espiritual del Reino Mesianico, no puede comenzar la resurrección del resto de la humanidad.

“DESPUÉS” — OTRA OBRA DE RESURRECCIÓN

“Luego los que son de Cristo, en su venida”, escribió Pablo, es decir, después de “Cristo, las primicias” son resucitadas y entonces sigue la resurrección de la humanidad en general. (1 Cor. 15:23) La claridad de este pensamiento queda algo oscurecida por el uso que hace el traductor de la palabra “venida” para traducir la palabra griega *parousia*, que significa “presencia” y debe traducirse siempre en consecuencia. Aquí la referencia no es al momento de la segunda

venida de Cristo, sino al período de su presencia en los asuntos de la tierra después de su regreso.

Este pensamiento se muestra claramente en los siguientes versículos: “Porque es menester que él reine hasta que haya puesto a todos los enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.” (vv. 25-26) Los que son de Cristo durante su presencia como gobernante del reino no son los mismos que los que se mencionaron anteriormente como las primicias, sino, más bien, son aquellos que, después de completar la clase de las primicias, aceptan a Jesús como su Redentor y se vuelven obedientes a las leyes de su reino. Estos también recibirán vida por medio de Cristo.

Esta resurrección de “después” comenzará con un despertar del sueño de la muerte de aquellos que no han calificado a través de la fe y la obediencia en esta vida para compartir la obra regencia del Reino Mesíasico. Al despertar de la muerte, se les revelará el conocimiento de la provisión de Dios de la vida eterna en la tierra a través de Cristo, y si creen y progresan en la obediencia de corazón de las leyes del reino milenarío, se les restaurará a la perfección de la vida humana y vivirán para siempre. Este trabajo requerirá todo el período del reino, y sólo cuando esté completo será verdad que el gran “postrer enemigo”, la muerte, habrá sido destruido.

Muchas de las promesas y profecías de la Biblia demuestran que habrá un despertar de todos los muertos. Los sodomitas fueron destruidos a causa de su maldad, pero el profeta nos asegura que serán restaurados a su “primer estado”, uno terrenal. (Eze. 16:55) Jesús nos dice que será “más tolerable” para Sodoma en el día del

juicio que para los judíos que lo rechazaron en el momento de su primer advenimiento. (Marcos 6:11) Sin embargo, será “tolerable” para los judíos también porque después de completarse el trabajo de la edad actual, entonces “todo Israel será salvo”, y esta salvación se promete incluso a aquellos judíos incrédulos que rechazaron a Cristo. —Rom. 11:26,31

NO EN VANO

El apóstol Pablo cierra así su lección sobre la resurrección de los muertos: “Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.” (1 Cor. 15:57,58) Desde que Jesús regresó al cielo y los apóstoles durmieron en la muerte a menudo parecía que no habría una victoria genuina en la tierra por la causa de Cristo y también que a menudo parece que el trabajo del cristiano en el Señor es en vano; pero no es así, asegura Pablo.

A lo largo de la edad todo seguidor fiel del Maestro ha experimentado la “victoria” al continuar dando su vida en sacrificio. Si fue débil, Dios le dio fuerza (2 Cor. 12:9) Se ha dado cuenta de que el poder que resucitó a Jesús de entre los muertos se ha reclutado en su nombre. Ha sido alentado y fortalecido en todos sus esfuerzos por conocer y hacer la voluntad del Padre Celestial. (Efe. 1:17-20) No ha sido capaz de superar las debilidades de su carne como le habría gustado. Sin embargo, se le ha asegurado que la oración en el “trono de la gracia” para reconocer sus pecados y buscar el

perdón a través del mérito de la sangre de Cristo ha dado lugar en la cobertura de sus debilidades carnales. (Efe. 1:7; Heb. 4:16; 1 Juan 1:7-10) Al mismo tiempo, ha resuelto con mayor seriedad no “continuar en el pecado”, pero para “morir a él” y “no servirle”, y rendirse como siervo a Dios, que tiene “la santificación” como su “fruto”. (Rom. 6:1-22). Por lo tanto, a través de Cristo su victoria se ha completado y ha sido capaz de regocijarse en el Señor.

Además, todo cristiano fiel sabe que cuando su vida de sacrificio haya finalizado y haya sido fiel hasta la muerte, su victoria a través de Cristo se completará mediante el ejercicio del poder divino para resucitarlo de la muerte, para que, como Pablo escribió, esto mortal se “vista de inmortalidad” (1 Cor. 15:53) Cuando todos los fieles de esta edad terminen su carrera terrestre y hayan sido exaltados en la “primera resurrección”, juntos estarán unidos con Cristo, convirtiéndose en su “novia” en gloria en el “matrimonio del Cordero.” —Apoc. 19:7; 21:9

Entonces seguirá el cumplimiento de la maravillosa promesa de Apocalipsis 22:17 que nos asegura el momento en que “el Espíritu y la novia” hablarán a toda la humanidad, ya sacada del sueño de la muerte, y diciéndoles: “Ven,... tome del agua de la vida gratuitamente. ¡Qué gloriosa y victoriosa consumación del plan divino de salvación será!

FIRMES E INAMOVIBLES

Como de nuevo este año contemplamos todo lo involucrado en la resurrección de Jesús de entre los muertos, ¡qué incentivo debería ser la firmeza en el

Señor y en la verdad de su Palabra! ¡Cómo debe fortalecer nuestra determinación de ser fieles a los términos de nuestro pacto de sacrificio y unos a otros caminando juntos a lo largo del camino estrecho que conduce a la vida! Que la doctrina de la resurrección del plan de Dios, el rescate que la hace posible y todas las otras enseñanzas fundamentales asociadas con él nos impresionen más que nunca con la importancia de estas preciosas y gloriosas verdades de la Biblia.

En la medida en que estemos “firmes” en el Señor y en la verdad abundaremos en la obra del Señor. Los cristianos firmes no pueden ser de otra manera que cristianos abundantes. Debemos abundar en nuestro amor por el Señor y por nuestros hermanos, en dar nuestras vidas por los hermanos y en proclamar las buenas nuevas del reino a lo largo y ancho cuando tengamos y podamos crear oportunidades. Recordar la resurrección de Jesucristo de entre los muertos debe significarlo para nosotros. No la conmemoramos adecuadamente por medio de una muestra de ropa fina, sino por la mayor determinación de seguir resueltamente su ejemplo de sacrificio incluso hasta la muerte.

Pablo escribió, como ya se ha dicho, que nuestro “trabajo en el Señor no es en vano”, pero sería en vano si Cristo no hubiera resucitado de entre los muertos. Entonces nuestra fe también sería vana y nuestro testimonio acerca de Jesús y su reino sería falso. Por otro lado, nuestro trabajo bien puede parecer en vano debido a la escasa respuesta que recibimos por nuestros esfuerzos en dar a conocer las buenas nuevas, pero esto no es realmente cierto. Uno de los resultados más grandes e importantes de todos nuestros trabajos en el

Señor es la obra de gracia que realiza en nuestros propios corazones.

Trabajar en el Señor debe fortalecer nuestra fe y aumentar nuestro amor. Al dar a conocer las buenas nuevas a los demás, esta gloriosa verdad debería ser más efectiva para transformar nuestras vidas a la semejanza de Cristo. Si nuestros corazones y motivos son puros, esto será uno de los resultados sobresalientes de nuestro ministerio. En vista de ello, podemos afirmar verdaderamente que nuestro trabajo no es en vano.

Como individuos, es posible que no veamos ningún resultado especial de nuestro ministerio. Sin embargo, la obra del pueblo del Señor en su conjunto es alcanzar y desarrollar a aquellos a quienes el Señor está llamando, uno aquí y otro allá, a ser coherederos con Cristo y, de hecho, éste es un trabajo muy importante. De este modo, la “novia” se prepara para su unión con Cristo y para la coherencia con él en su reino. Así como Pablo pudo decir en su día que el trabajo del pueblo del Señor no fue en vano, también podemos estar seguros de esto. El poder de la resurrección de Cristo continúa con el pueblo del Señor hoy y pronto se extenderá a todos los voluntariosos y obedientes de la humanidad. “¡Gracias sean dadas a Dios”, que ha hecho provisión para que todos obtengan la “victoria a través de nuestro Señor Jesucristo!”